

Notas bibliográficas

CUESTIONES DE CIUDADANÍA

Filosofías de la ciudadanía. Sujeto político y democracia; de Hugo Quiroga, Susana Villavicencio y Patrice Vermeren (comps.), Rosario, Homo Sapiens Ediciones, 1999.

La nueva centralidad que el concepto de ciudadanía adquirió en los debates teórico-políticos, ¿habla de la fortaleza de una noción o de la debilidad de una figura social? Por primera vez en la historia, el sistema democrático —cuya contrapartida individual es el ciudadano— se consolidó como régimen político dominante en todo el mundo. Este sistema se postula como la forma insuperable, aunque perfectible, de la convivencia humana. Sin embargo, su hegemonía no deja inmediatamente fuera de duda que la ciudadanía atraviese un momento de esplendor. Entre otros factores que la afectan debe contarse la desmotivación política para la participación, la concentración de poderes que recortan el campo de acción de los individuos, y la nueva desprotección social de éstos a causa de la crisis de recomposición económica de la era global. Sumándose a este cuadro, el estado-nación, marco político de todas las democracias liberales conocidas de la modernidad, sufre una serie de transformaciones y cuestionamientos originados en las ambiciones de un mercado que pretende una circulación sin límites. Y todo ciudadano se define como miembro de un estado particular. Entre la crisis del estado-nación, el debilitamiento sustantivo de los sistemas democráticos y las demandas prepotentes de la economía, la ciudadanía parece sufrir un asedio.

De las formas que asume este asedio, y de las posibles defensas contra él, se ocupan a su manera cada una de las catorce contribuciones compiladas en este volumen, producto de la colaboración de profesores franceses y argentinos. Ellas ofrecen una riqueza de perspectivas para la reflexión sobre el problema agrupándose a partir de tres enfoques principales. El primero indaga los fundamentos filosóficos y las capacidades prácticas del ejercicio de la ciudadanía. El segundo propone una exploración histórica con un énfasis en la Argentina decimonónica o del temprano siglo XX. El último intenta definir contextos que revitalicen la vida pública.

Si bien la tradición reflexiva que va de Hannah Arendt a Jürgen Habermas constituye la referencia teórica recurrente en la mayoría de los textos, otras vertientes —la pragmática, la de Paul Ricoeur— orientan asimismo las diferentes propuestas. El diálogo con los clásicos de la filosofía política —en especial con los de la antigüedad griega y los del idealismo alemán— son otros de sus puntos de apoyo. El libro se cierra con una entrevista a Jacques Rancière, uno de los pensadores políticos más sugestivos del campo filosófico francés en la actualidad, cuya reflexión también se hace presente en varias de las contribuciones compiladas aquí.

En sus declaraciones, Rancière define la política como una guerra pacífica, oponiéndose a lo que llama una lógica *irénica* según la cual la comunicación sería el gran remedio para las dificultades de la democracia. El dilema político actual estaría más bien ligado al establecimiento de estados oligárquicos que conceden pluralismo cultural, pero que generan marginación económica. Los clásicos de la antigüedad hicieron explícito el hecho de que los pobres no participan en la polis, mientras que, por definición, el proletario moderno es aquel que no cuenta en la ciudad. Esta es la condición que hereda y multiplica la

democracia contemporánea, y ante el silencio de la política es preciso que los intelectuales tomen la palabra. Pero no es el comentario del estudioso, sino la emergencia de nuevos enunciadores sociales que superan su ostracismo social tomando la palabra lo que en definitiva hace emerger la política, y lo que mantiene vivas las esperanzas de una renovación.

Las afirmaciones de Rancière sintetizan de algún modo las múltiples preocupaciones de los autores de este volumen. Las estrategias elegidas son el examen de la lógica comunicativa, el análisis de conflictos y movimientos sociales o el viaje hacia el origen mediante reconstrucciones histórico-ideológicas o interpretaciones especulativas de las tradiciones liberales. Un problema de fondo que unifica estas miradas es el escándalo de la política democrática, a saber, la desigualdad de los iguales. Si los ciudadanos comparten un idéntico estatuto ante la ley, las diferencias entre ellos se vuelven evidentes cuando se toman en consideración las oportunidades y las condiciones de vida. Este fue un tópico que la teoría política moderna subrayó cuando distinguió al *bourgeois* del *citoyen*, según se asumiera el punto de vista de la sociedad civil inequitativa o del estado unificador.

¿Hay posibilidades de cerrar la brecha que impone la desigualdad social en el marco de una democracia liberal? Este viejo interrogante es abordado una y otra vez, de manera explícita a veces y otras más lateralmente a lo largo de este libro. Es intención de sus autores que una vieja cuestión no pase de moda, sino que se convierta en lo que siempre fue: un motivo clásico para la reflexión y la práctica democráticas en momentos en que, como aclaran los compiladores en su prólogo, la desigualdad se ve exasperada y, paralelamente, se ve desplazada como temática en nombre de un retorno a los estudios republicanos que obturan la dimensión social.

Ciudadanía es un término que no alude a un título adquirido de una vez y para siempre, sino a un proceso político en el que se fueron incorporando progresivamente figuras antes marginadas, como la masa amorfa constituida por el populacho o la población femenina relegada de la república masculina. Esta inclusión jurídica no garantiza, por cierto, la igualdad. Aun la noción corriente de ciudadano en sentido pleno está amenazada por la incompletitud real, pero quien considere la condición del extranjero —incluso, o sobre todo, en las democracias más avanzadas— puede percibir las ventajas de la integración.

Los desafíos políticos, entonces, provienen tanto del estado como de la sociedad civil. Y puede darse respuesta a dichos desafíos con una acción colectiva consciente de sí, que expanda su carácter deliberativo buscando aliados en nuevos públicos, a los que constituye a la vez que obra y reclama. La protesta social, según uno de los artículos incluidos en el libro, es un recurso de fuerza ilocucionaria que cohesiona al individuo en acciones colectivas episódicas, pero cruciales para el vigor del espacio público y el perfeccionamiento de los derechos. La solidaridad —el menos tratado de los miembros de aquella trinidad clásica bajo cuya consigna triunfó la Revolución Francesa— es, según otra contribución, un motor esencial de la cultura ciudadana, así como, según otra perspectiva, lo es la confianza.

Críticas a la teatralidad de la práctica política, cuya muestra más cabal es su consumo mass-mediático, o el señalamiento de los límites del republicanismo clásico son otros de los motivos discutidos aquí.

Asimismo, la evolución —conceptual e ideológica— de la figura del ciudadano ocupa un lugar destacado. Las desventuras argentinas de esa figura en la accidentada historia que va desde las ilusiones de la revolución independentista a la consolidación de una nación todavía a poblar es complementada por un examen del positivismo como técnica estatalizada de control sobre lo peligroso y lo foráneo. Desde otro ángulo, se analiza a los mentores

intelectuales de la Revolución de Mayo que se hicieron eco de una filosofía progresiva de la historia. Ellos consideraron que la ruptura histórica que abrían las nuevas transformaciones significaban una estación de una marcha más amplia e irreversible, pero a la vez un hecho cuyas repercusiones simbólicas eran extraordinarias para la ilustración política y la integración en la corriente de la civilización republicana. Además de la igualdad sustantiva, otro de las posibilidades que deja en suspenso la noción tradicional de la ciudadanía está referida a su asociación histórica con un estado determinado. La crisis del estado nación y la globalización económica plantean amenazas a esa noción, pero abren también la perspectiva de un desarrollo cosmopolita. Igualdad y cosmopolitismo son, por tanto, dos de las principales proyecciones para un programa que intente profundizar las libertades y ampliar los derechos. Democratizar la democracia sigue siendo un planteo para la movilización ciudadana.

José Fernández Vega

The Postmodern History Reader, de Keith Jenkins (ed.), London and New York, Routledge, 1997.

Encounters. Philosophy of History after Postmodernism; de Ewa Domanska, Charlottesville and London, University Press of Virginia, 1998.

History and Theory. Contemporary Readings; de Brian Fay, Philip Pomper, Richard T. Vann (eds.), Massachusetts and Oxford, Blackwell Publishers, 1998.

La denominada posmodernidad se asienta sobre el agotamiento de las ideas de "razón" y "progreso", ideas fuerzas que dominaron la visión del mundo de la modernidad. Ahora bien, en lo que atañe a las artes y a la arquitectura esta fisura entre modernidad y posmodernidad está poblada por la reconstrucción de estilos previos, produciéndose en los '80 la crisis de las vanguardias. En la segunda mitad del siglo XX, el arte se ha resignificado, la novela ha muerto y las humanidades han decapitado las certezas teóricas sobre las que se habían afianzado durante un siglo de desarrollo científico. Demás está decir, que estos procesos no han sido unilíneales y presentan una multiplicidad de facetas, las que mucho dependen de los espacios involucrados y del devenir histórico particular. Como no podía ser de otra manera, la tensión modernidad-posmodernidad muestra visos de contradicciones permanentes, ya que mientras observamos que en la vida social se han subvertido códigos de comportamientos y en el campo cultural la noción de "lo clásico" ha adquirido nuevos sentidos, en el quehacer político, las "minorías", de todo tipo, han logrado, a costa de largas luchas, un lugar en la vida pública. No obstante lo cual sabemos que aspectos de la práctica política no han agotado los postulados de la modernidad: la fragilidad de muchas de las democracias así como la escasa participación ciudadana, estimuladas, en gran medida, por la crisis de la representatividad, producen el efecto de prolongación de sus términos en el tiempo.

En este marco de incertidumbres, la razón de reunir estos textos de historiografía en un único comentario bibliográfico reside en que uno y otro dan cuenta, de alguna manera, de las pérdidas y recomposiciones que la historia viene enfrentando hoy, tensada por el debate más general sobre el estatus epistemológico del conocimiento social, en el que participa junto a sus pares disciplinarias. Por lo demás, una de las cuestiones que agrega

interés a esta convocatoria bibliográfica es que la procedencia combinada de los autores editados circunscribe uno de los circuitos que ocupa la expansión de las preocupaciones temáticas y teóricas a lo largo de canales particulares: la mayoría de los autores proviene de la historia, de la crítica literaria o de la filosofía y con la excepción de Domanska —ejerce en Polonia—, y de unos pocos franceses (que figuran en los otros libros), todos trabajan en los Países Bajos, en el Reino Unido y en los EE.UU., circunstancia que indica, una vez más, los estrechos intereses que comparten estas comunidades científicas a ambas márgenes del Atlántico. Tanto es así, que el intercambio, las visitas, las relaciones académicas y las co-ediciones entre un país y otro son permanentes, dinámica que se debe, en la mayoría de los casos, no sólo al prestigio de los protagonistas sino también a filiaciones y temáticas teóricas en común o bajo controversia.

Incluso, los distintos editores han seleccionado algunos de los intelectuales en cuestión a partir de considerar que sus premisas teóricas resultan representativas de los rasgos de esta engorrosa polémica. Esto explica que las discusiones que aglutinan a los tres libros en torno al "linguistic turn", al "giro retórico" o al "giro narrativo" —la denominación depende en mucho en dónde se coloca el acento crítico—, sean factibles de ser sintetizadas en los siguientes enunciados: "la narrativa como una forma de historia", "la poética de la narrativa", "la objetividad como un ideal", "constructivismo vs. realismo", "la relación de la historia con el pasado" y "el estatus posmoderno de la historia".

El período de estudiante de Ewa Domanska (1982-1987) coincidió con un difícil momento político para Polonia. Discípula de Jerzy Topolski y Jan Pomorski, su carrera coexistió con el declive del estado comunista e ingresó en el estudio del pasado vía una reinterpretación del proceso configurativo de Polonia bajo este régimen. Aunque no inmediatamente, esta fue la senda temática que la condujo a los conceptos de lo "posmoderno" como teoría en general y a la teoría "posmoderna" de la historia, en particular. Paralelamente a esta búsqueda, la historiadora se fue adentrando en la materia historiográfica, más específicamente en "los criterios historiográficos de la posmodernidad".

La lectura del clásico de Hayden White, *Metahistory*, sugerida por Jerzy Topolsky, la de *Narrative Logic* de Franklin Ankersmit, el estudio de las discusiones publicadas en *Past and Present* y *History and Theory* y la visita de Richard Rorty a Polonia a principios de los '90, supieron rotar su percepción del análisis de la "narrativa histórica", del concepto de "verdad", del "lenguaje figurativo" y de la "retórica", contingencias intelectuales que la estimularon a explorar, de manera sistemática, las tensiones y colisiones que el matrimonio historia-retórica-posmodernidad acarrea. Va de suyo, que paulatinamente el problema "posmodernidad-posmodernismo en la historia" se convirtió en su línea de investigación.

Asimismo, en enero de 1993, Domanska comenzó la práctica de la entrevista primero de manera informal como recurso de registro de información durante una visita de H. White a Groningen, donde ella se encontraba bajo la tutoría académica de Franklin Ankersmit. Al mes siguiente, Hans Kellner fue el invitado. La experiencia de entrevistar, que había comenzado como una "aventura intelectual", se sistematizó en un proyecto académico, a lo largo de 1993 y 1994, mediante el financiamiento otorgado por el Institute of History of Adam Mickiewicz University and the Faculty of Arts and Humanities of the University of Groningen; y en una realidad editorial a cargo de la Universidad de Virginia.

Con el herramienta eficaz que le reportó haber elaborado cuestionarios detallados y precisos en los terrenos historiográfico, teórico y metodológico, Domanska entrevista a Hayden White, Hans Kellner, Franklin R. Ankersmit, Georg Iggers, Jerzy Toposky, Jörn

Rüsen, Arthur C. Danto, Lionel Gossman, Peter Burke, Stephen Bann y, por último, a sí misma.

El libro se convierte en un magnífico registro de opiniones coincidentes y encontradas respecto de los giros historiográficos y de conceptualizaciones que se intersectan en el debate. Desde el marco más rígido de White, hasta las implicancias teórico-metodológicas de una historia cultural al estilo Peter Burke, pasando por las premisas de la filosofía del arte de Arthur Danto, los matices que emergen de la lectura resultan sorprendentes no sólo por la solidez de la trayectoria intelectual de los autores con los que la historiadora dialoga sino, además, y como elemento muy importante, por la frescura que la entrevista siempre le ha brindado a la explicitación de planteos intelectuales. En verdad, la entrevista tiene la virtud de diluir la solemnidad de estos, matizados con curiosidades tales como conocer la firma de cada entrevistado —ésta antecede cada diálogo— y, de paso, con informaciones de carácter personal provenientes de datos autobiográficos; entre las anécdotas para mencionar: el hecho de que White y Danto fueran compañeros de estudio en la Universidad de Wayne. En tanto que el último sigue su doctorado en Nueva York, White debe contentarse con uno local debido a los escasos recursos económicos de la familia.

Por cierto, Domanska ha sabido articular la propuesta de manera tal, que la intriga provoca la ansiedad del lector por pasar a enterarse qué tiene que decir el próximo entrevistado y desde qué perspectiva teórica enfoca la controversia actual. Este conjunto de condiciones hace que el libro sea especialmente apropiado para iniciar a los estudiantes interesados en el tema, tanto por la claridad de sus conceptos como porque el lector no se encuentra, en ninguna de las exposiciones, con oposiciones esquemáticas tales como "modernidad vs. posmodernidad". Por el contrario, las respuestas lo colocan frente a un tejido de desarrollos mucho más sutiles y complejos respecto de "la dimensión estética de la escritura de la historia" y aquellos rasgos del debate, que se pueden denominar muy genéricamente "científicos" y "filosóficos".

Para cerrar el libro, Domanska gratifica al lector con uno de sus detalles más sugerentes. Me refiero al trazado de conclusiones a cargo de Lynn Hunt, quien curiosamente, es la única mujer, aparte de la autora, que figura entre los convocados. Hunt tiene un alto concepto del trabajo historiográfico de Domanska: "With its personalizing, interactive, even confrontational mode, the book compels us to remember that ideas do not emerge full-blown from the heads of intellectuals. They arise from dialogues with teachers, students, colleagues, and lovers...", no obstante, le hace tres puntuaciones críticas.

La primera, en relación al tipo de comunicación que esta forma de entrevistar implica, entendiéndolo que ciertamente "no es oral en el sentido habitual y tampoco escrita en el sentido habitual" —muchas fueron realizadas a través de correo electrónico; la inquietud de Hunt se refiere a cómo este medio cambia los procedimientos mentales—. La siguiente, se refiere a que Domanska decididamente coloca el "posmodernismo" en un contexto histórico, calculando las posibles derivaciones, en otros términos, construye su propia "metanarrativa" sobre la vida y el pensamiento. El tercer señalamiento, apunta a que los autores entrevistados no sólo son únicamente hombres, sino que se trata exclusivamente de intelectuales europeos y norteamericanos.

Obviamente, el libro de la historiadora polaca se puede leer en forma independiente, pero mucho suma a la comprensión si su lectura es acompañada por la consulta a las compilaciones de Keith Jenkins y de Brian Fay y otros. Por su parte, Keith Jenkins, autor de *Thinking History* (1991) y *On "What is History?"* (1995), desde una perspectiva anárquica especula en *The Postmodern History Reader* sobre dos ejes centrales: el posmodernismo ha

hecho naufragar la "Historia" (*upper case*) —léase las "fantasías" de las historias que daban cuenta de "un armónico capitalismo" (para la burguesía) y de un "comunismo global" para el proletariado—, pero asimismo ha liquidado la "historia" (*lower case*), en el sentido de que la considera otra de las formas, tan ideológica como la primera, a la que apela la burguesía para leer el pasado. En este último caso, el autor se refiere a la historia construida en medios "académicos" y "particulares", es decir lo que denomina la historia "apropiada", la historia en la que todos nos hemos formado, la que se ejerce en las universidades y en las instituciones académicas. En opinión de Jenkins, ésta aun amparándose bajo la fachada de pluralista, peca de un "liberalismo" excesivo, a través del cual está implícitamente reconociendo la legitimidad de la primera. Entonces, ¿qué significa, para Jenkins, este *constructo* problematizado a través de las críticas posmodernas? Sintetizando, "la mayoría de los críticos de la historia" (*lower case*) parecen estar preocupados por lo que puede implicar que, de hecho, el referente del historiador esté constituido por medio de un proceso de representación. En consecuencia, para muchos de ellos es esta disolución del referente en representación la que está señalando la disolución de la historia por medios posmodernos".

En esta controversia, Keith ha seleccionado una cantidad de historiadores, críticos literarios y filósofos de los que ha editado, en unos casos, extractos muy cortos pero memorables, en otros, trabajos en su extensión total. A título de ejemplo, en la Parte I: "On History in the Upper Case: For and Against Postmodern Histories", el autor reúne textos de J. F. Lyotard, J. Baudrillard, E. Ermarth, D. Elam, R. Young, I. Chambers, o sea intelectuales que están a favor de las "historias posmodernas", y en el otro rincón, los de otros que están en contra: E. Fox-Genovese, C. Norris y B. Palmer. En la Parte II: "On History in the Lower Case: For and Against the Collapse of the Lower Case", convoca a R. Barthes, M. Foucault, H. Kellner, R. Berhofer, en defensa, y a G. Himmelfarb, G. Elton y G. Spiegel en calidad de opositores. En la Parte III, figuran los más independientes: J. Appleby, L. Hunt, M. Jacob, T. Bennett y S. Stanford Friedman. Jenkins le apunta al lector que en estas tres primeras "partes" los autores "se encuentran solos" y que los debates se entrecruzan en la próxima sección. O sea, que en la Parte IV: "Debates from the Journals", se destacan los aportes a la discusión, sobre los distintos sentidos de la dupla pasado-presente, de L. Stone, P. Joyce, C. Kelly y G. Spiegel. En cuestiones relativas a "History and Theory", no podían faltar F.R. Ankersmit y P. Zagorin, dos contrincantes permanentes a los que se suele echar mano en ediciones que giran alrededor de esta polémica puntual. En las problemáticas de "Social History" se han dado cita: N. Kirk, P. Joyce, E. Eley y K. Nield. Y finalmente, en "History and Theory and S. Friedlander (ed.) *Probing the Limits of Representation: The Holocaust Debate*", polemizan S. Friedlander, H. White, H. Kellner, W. Kansteiner, R. Braun, B. Lang sobre un tema, el del holocausto, que viene demandando, en los últimos tiempos, buena parte de las reflexiones de historiadores estadounidenses y europeos. Sin embargo, resulta decepcionante que K. Jenkins dé la espalda a los aportes de autores que se oponen con fiereza a las implicancias del "olvido", activo en la perspectiva ideológica del "revisionismo histórico". Para mencionar sólo a dos de imprescindible consideración a la hora del balance: Pierre Vidal-Naquet (*Les assassins de la mémoire*, 1987) y Dominick LaCapra (*Representing the Holocaust. History, Theory, Trauma*, 1994).

Con todo, Keith Jenkins muestra destreza en organizar un libro al que el lector profesional accede, según sus intereses particulares, a través de distintas puertas temáticas y teórico-metodológicas y para el estudiante significa toparse con las dificultades y complejidades de una de las faces del debate actual; asimismo, se trata de un texto habitado por autores

que han distinguido, por medio del intercambio de ideas, al crecimiento historiográfico de los últimos años.

Una empresa necesaria e inteligente para repensar el desarrollo historiográfico de las últimas dos décadas, es la síntesis que representa para el lector la galería de clásicos aparecidos oportunamente en *History and Theory* y compilados en *History and Theory. Contemporary Readings* por tres intelectuales responsables de la edición de la revista: Brian Fay, Philip Pomper y Richard T. Vann, los que, por otra parte, trabajan en Wesleyan University.

La arquitectura del libro ha sido diseñada siguiendo las problemáticas que más interesan dentro del ensamble historia-narración. Para la Parte I, que apunta a dar cuenta del tema de la narrativa, los editores seleccionaron los reconocidos "The Historical Text as Literary Artifact", de Hayden White e "Interpretation, History, and Narrative", de Noël Carroll. En la Parte II, "Writing and Reading History", el lector encuentra los textos indispensables de J.H. Hexter, Mancy Partner y Dominick LaCapra. Les siguen en el apartado dedicado a "Realism, Constructivism, and Beyond": Louis Mink ("History and Fiction as Modes of Comprehension"), David Carr ("Narrative and the Real World: An Argument for Continuity"), Andrew P. Norman ("Telling It Like It Was: Historical Narratives On Their Own Terms"). Respecto de la Parte IV, "Postmodernism and the Theory of History", nos encontramos con una versión más completa, que en el libro de Jenkins, del debate Ankersmit-Zagorin. En la Parte V, centrada en la temática histórica del holocausto: "Never Again", de Hans Kellner y "Is It Possible to Misrepresent the Holocaust?", de Berel Lang. Para la cuestión de "Gender, Sexuality, Sex" (Parte VI), intervienen los ensayos de David. H. Halperin, "Is There a History of Sexuality?" y de N. Partner, "No Sex, No Gender". Y, finalmente, en la discusión sobre la objetividad (Parte VII), el artículo de Thomas Haskell, "Objectivity Is Not Neutrality: Rhetoric versus Practice in Peter Novick's *That Noble Dream*", el de J. L. Gorman, "Objectivity and Truth in History", Chris Lorenz con "Historical Knowledge and Historical Reality: A Plea for *Internal Realism*"; el trabajo de Raymond Martin, "Progress in Historical Studies", cierra la publicación.

Coincidiendo con Jenkins, sobre que no es habitual encontrar libros que trabajen la difícil relación historia-posmodernidad, tampoco es frecuente que se editen libros sobre filosofía y teoría de la historia, y menos para la reflexión en términos muy contemporáneos y de publicación tan reciente. Algunos de los ensayos editados están escritos por historiadores y tienen el objetivo de dar cuenta del significado actual respecto de la práctica de la historia y si bien es cierto que estos ensayos son algo abstractos y tienen mucho de filosóficos, su reflexión tiene el valor de haber surgido de esta práctica. Esta salvedad viene al caso porque el conjunto apunta a dilucidar algún aspecto del muy americano "giro lingüístico", propósito guiado por dos actitudes muy amplias en "relación al lenguaje y su relación con la realidad". En opinión de Brian Fay, es lo que Lanham ha denominado "Through and At". O sea, que la connotación del primer término apunta a: "language is something to be look *through* to the Real, the given, the found", mientras que el sentido del segundo se dirige a: "...language is something to be looked *at* as something which creates or structures what is called Real".

Por supuesto que esta edición, tanto como las anteriores, está cruzada por lo que atañe a los problemas sobre qué es lo verdadero, qué es objetividad y qué es relativismo para el conocimiento de lo social porque muchos de estos autores, siguiendo en parte la propuesta de Hayden White, sostienen que la "imaginación" es uno de los pivotes sobre los que se descansa la operación historiadora o, por lo menos así debería ser, reconociendo que la mayoría de los colegas aún se protegen en la trinchera de "la realidad que fue". El

denominador común a estas tres compilaciones de lectura tan rica, es que el lector reflexione sobre qué es lo que se está discutiendo, pero mucho más importante, desde dónde se está hablando.

Cristina Godoy

Los salones europeos. Las cimas de una cultura femenina desaparecida; de Verena von der Heyden-Rynsch, Barcelona, Ed. Península, 1998.

En este texto, publicado en su original alemán en 1992, Verena von der Heyden-Rynsch intenta dar cuenta del desarrollo de una "cultura de salón" que se gestaría desde las *cours d'amour* trovadorescas y las formas de la vida galante en el Renacimiento y el Barroco, llegando a su máximo desarrollo entre la Francia del Rey Sol y el romanticismo, para disolverse luego en la cultura política del siglo XIX y registrar escasas derivaciones en el siglo XX. Si bien el tema de los salones europeos no es novedoso en la historiografía, la visión de conjunto que plantea la autora y su concepción del salón literario como un espacio de libertad y poder femenino hacen que el texto tenga un especial impacto y merezca una consideración detallada.⁽¹⁾

Con mayor dedicación a los espacios francés y germánico, pero también con secciones dedicadas a Italia e Inglaterra y una menor atención a las variantes rusas y españolas, se describen las características de los salones en relación con la vida social. Uno de los logros del trabajo es sin duda el contrapunto que Heyden-Rynsch realiza a lo largo de todo el libro, entre las consideraciones generales sobre los distintos tipos de salón a través de las épocas aludidas y la información biográfica sobre las *salonières* más destacadas. Ello le permite dar cuerpo a su teoría del dominio femenino y ejemplificar las diversas variaciones de la sociabilidad asociada al salón: el chisme y la intriga cortesana, la conversación galante o erudita y las veladas musicales; pero también la correspondencia interpersonal como forma de extender el intercambio de opiniones y afectos más allá del lugar físico de convocatoria, o la presentación en público de obras literarias. Sin una rigurosidad formal en su escritura y utilizando sólo fuentes editadas, pero con una muy precisa bibliografía y un adecuado estilo que destaca de manera redundante los postulados centrales de su interpretación, consigue presentar de manera sugestiva una verdadera teoría sobre la naturaleza y funcionalidad del fenómeno.

La autora acierta también al concebir al salón literario como un "microcosmos social", que supondría una forma particular de relación entre cultura y sociabilidad en un espacio dado, lo que a su vez permite considerar la importancia de los ordenamientos arquitectónicos para la vinculación intelectual y corporal de los asistentes. La identificación de ese modo de relación facilita la construcción de un modelo general que hace hincapié en la reunión regular de los invitados y en la conversación sobre temas literarios, filosóficos o políticos sin una agenda rígida. Inclusive aceptando que las variaciones del fenómeno dificultan una consideración unívoca, la cultura de salón se expresaría a nivel europeo, asociada en su apogeo a una sociabilidad francesa "clásica". Partícipe de la idea de unidad de Europa, la cultura de salón superaría las diferencias nacionales y fundaría una manera cosmopolita de relación entre los seres humanos.

Fuertemente influida por E. M. Cioran en su interpretación general de la forma cultural que constituiría el salón, Heyden-Rynsch trata de demostrar que primarían en ellos la libertad de expresión, la multiplicidad cultural y la intersección de clases o grupos sociales pero, más aún, que su característica definitoria sería la centralidad y predominancia femenina. "En el sentido más amplio —afirma—, el salón representa una forma de sociabilidad libre de fines y de trabas, cuyo punto de materialización es una mujer". (pág. 16) La consideración excluyente del salón literario como ámbito de libertad es altamente problemática, pues presupone su funcionalidad como espacio generador de nuevas formas de relación entre sectores sociales que impacta sobre el conjunto de la vida social en un sentido emancipatorio. La autora no percibe la posibilidad de analizar la funcionalidad constrictiva de los salones, que pueden concebirse también como válvulas de escape⁽²⁾ que liberarían las tensiones de la dominación masculina sobre las damas aristócratas o burguesas. El trato amistoso entre los invitados regulares o "asiduos", la urbanidad y la disposición de hablantes y oyentes entre los que se tienden "puentes de afecto", pueden ser igualmente considerados desde la perspectiva de un disciplinamiento del cuerpo, de una ritualización de la sociabilidad y de un creciente autocontrol de los sujetos.⁽³⁾ Esa dimensión constrictiva de los salones es de suma importancia a la hora de ponderar esa supuesta predominancia femenina; considerar el papel central de las *salonières* en esa forma de sociabilidad no puede ocultar el hecho de que constituyera una forma marginal en comparación con la funcionalidad central en los aspectos intelectuales y políticos de las instituciones de predominancia masculina, como ser circuitos de producción y difusión de obras literarias y artísticas, universidades, congregaciones religiosas, cortes o poderes estatales.

Sujeta a una consideración general positiva del salón como espacio de libertad, tolerancia y desarrollo de las ideas, Heyden-Rynsch no puede dar cuenta satisfactoriamente de la demasiado habitual tendencia de éstos a transformarse en ámbitos altamente ritualizados e intelectualmente estériles. Las ácidas críticas de un Molière, o la frecuente tendencia del salón a constituir claramente una simple derivación de la corte principesca, constituyen elementos de tensión en la obra, no siempre resueltos satisfactoriamente. Por otra parte —y ello es perfectamente lógico teniendo en cuenta la misma atribución social y espacial de los salones—, no se sostiene la noción de que *cualquier* idea podía ser postulada o puesta en cuestión, y que por tanto la más amplia *tolerancia ideológica* era inherente al fenómeno. Ello se relaciona además con una dificultad del modo de análisis de fuentes que realiza Heyden-Rynsch, ya que tiene por emancipatorias ideas y actitudes que fueron posibles en el contexto mismo de los salones y, en la búsqueda de una fundamentación constante de la centralidad y predominancia femenina, fuerza la interpretación de todo aquello que pueda sugerir algún margen de acción para las mujeres.⁽⁴⁾

En cuanto a la noción de un espacio de confluencia de diversas clases sociales, y puntualmente de dilución de los límites entre nobleza y burguesía, si bien es innegable el contexto de interacción que supone el salón literario de ello no puede seguirse que ciertos tipos de salón no correspondan al predominio cultural de una u otra clase social. La misma autora establece un origen aristocrático y una relación interna del salón con la sociedad cortesana que los presenta como una forma cultural propia de los estados absolutistas. (pág. 19) Habría que indagar entonces si el esplendor y decadencia del salón literario como fenómeno cultural no se encuentra directamente relacionado con la suerte del impacto de la cultura francesa entre las elites europeas, primero en torno al modelo de Estado y vida cortesana que supone el absolutismo de Luis XIV y luego al desarrollo de las Luces. Asimismo, debería tal vez distinguirse radicalmente entre la vida de los salones aristocráticos

y la institución de salones, sociedades de lecturas y teatros de corte burgués desde el siglo XVIII, propios de un espacio urbano público. Por definición, lo "urbano público" se opone a los ambientes cortesanos de los siglos XVI a XVIII y sus secuelas en los espacios aristocráticos, encontrándose prontamente hegemonizado por las burguesías y por aristocracias integradas al mercado.

Más allá de las observaciones puntuales que puedan realizarse en cuanto a la consideración funcional del salón y su inserción en el entramado social, la obra de Heyden-Rynsch presenta una forma de explicación histórica de corte genético altamente discutible. Confundiendo los precedentes y la sociogénesis de la forma salón con la identidad misma del hecho cultural, llega a asimilar fenómenos estructuralmente diferentes. Así, el resultado general de la obra es la extrapolación del modelo de sociabilidad abierta dominada por la burguesía al período anterior al siglo XVIII. La construcción de una vida pública abierta con cierta capacidad de mezclar sexos y clases, en la cual las mujeres "... en ocasiones tomaban la delantera...", correspondería en rigor a los siglos XVIII y XIX, y sería prontamente ahogada por la pretensión de imparcialidad y universalidad del Estado burgués que se desarrollaba en paralelo.⁽⁵⁾ E incluso más allá de esa extrapolación general, se producen identificaciones o vinculaciones difícilmente sostenibles, como la postulación de los remotos orígenes de una república literaria hacia el siglo XII. Para salvar el anacronismo y las filiaciones abusivas, a Heyden-Rynsch sólo le queda el recurso a la analogía como modo de pensamiento: todos aquellos datos que pueden fundar la asimilación de los hechos culturales son registrados, omitiéndose las profundas diferencias en la naturaleza de los fenómenos sociales y cotejándose simplemente variaciones del patrón postulado.

En una segunda instancia, el modelo de explicación genética adoptado por Heyden-Rynsch, en el que se privilegia la identificación de antecedentes que conducirían al apogeo del salón, la lleva a omitir aspectos problemáticos del proceso de constitución de la sociabilidad moderna. No puede entonces detectar procesos contradictorios con su planteo central, como ser la retracción de la participación pública femenina en el Renacimiento. Ostensiblemente, concibe a este período como un momento más de la constitución de esa "cultura femenina", cuando pueden aducirse razones de peso para encontrar en él un retroceso de la independencia de las "damas".⁽⁶⁾ La esencia femenina, asociada en el devenir temporal a la unidad de la cultura europea, (pág. 12) marca de tal manera la concepción de la autora que elude las consideraciones complejas de un desarrollo que de ninguna manera puede ser reducido a una periodización lineal —latente aun cuando se atienda a variaciones de los espacios estatal-nacionales—.

Pero quizás sea infructuoso cargar las tintas contra las explicaciones historiográficas que presenta el interesante texto de Verena von der Heyden-Rynsch, ya que en rigor la concepción del salón literario que defiende es para ella un prometedor fermento de futuro. (págs. 211-214) La postulación del salón como núcleo fundamental de una cosmopolita *République des Lettres*, convertido en un microcosmos de libertad e igualdad al margen de los avatares y peligros de la sociedad, no es tanto una realidad pasada como un "paraíso perdido", un mundo imaginario al cual podrán aspirar los intelectuales en épocas siempre inseguras.

NOTAS

(1) Ejemplo del reconocimiento de la obra de Heyden-Rynsch son los artículos aparecidos bajo el título "Salones. El arma de las mujeres", en: *La Nación*, Sección 6, *Cultura*, del 20 de septiembre de 1998. El laudatorio trabajo de Hugo Beccacece ("En Europa", págs. 1-3) constituye una buena síntesis de los datos y la interpretación general aportados por la autora. Por su parte María Sáenz Quesada ("En la Argentina", págs. 1-2) propone indagar las variaciones locales desde una concepción más amplia de la relación entre cultura y sociabilidad, pero no impugna de manera alguna la concepción de Heyden-Rynsch.

(2) Esta imagen aplicada frecuentemente por la literatura histórica sobre las culturas modernas al análisis de otros fenómenos, como ser los carnavales y las abadías de mal gobierno —que reforzarían la dominación social regular al "invertir el mundo" por algunos días o en determinadas ocasiones—, permite captar la dimensión de los salones como "espacios controlados".

(3) Al respecto es notable la ausencia en el texto de cualquier referencia a las obras de Norbert Elías, como ser *El proceso de la civilización* o *La sociedad cortesana*, no solamente por su pertinencia con referencia al tratamiento general del tema, sino incluso por cuanto el momento de producción de *Los salones europeos...* es simultáneo con el cenit del impacto de ese autor en los medios intelectuales franceses, bien conocidos por Heyden-Rynsch.

(4) Algunas consideraciones de Heyden-Rynsch para fundamentar su noción de mayores márgenes de libertad y poder femenino en el Antiguo Régimen parecen exageradas, como cuando cita la frase registrada por Jean Jacques Rousseau en el sentido de que "¡En París no se consigue nada sin las mujeres!" como ejemplo de la influencia de las damas (págs. 52-53). Un ligero análisis de los modos de discurso de la sociedad de la Ilustración —sin contar aspectos tales como el contexto o la gesticulación—, podría fundar una concepción diametralmente opuesta, entendiendo a la frase como una expresión sexista.

(5) Cf. Iris Marion Young, "Imparcialidad y lo cívico público. Algunas implicaciones de las críticas feministas a la teoría moral y política", en: Seyla Benhabib y Drucilla Cornell (eds.), *Teoría feminista y teoría crítica*, Valencia, Eds. Alfons El Màgnanim, 1990 (el entrecorillado corresponde a la pág. 100).

(6) V.g., Joan Kelly ha demostrado precisamente la contradicción entre la proclamada paridad entre mujeres y hombres de *El cortesano* de Castiglione, y el papel decorativo que en realidad tiene la dama para este autor, el cual es uno de los pilares de la interpretación de Heyden-Rynsch sobre el Renacimiento. Cf. J. Kelly, "¿Tuvieron las mujeres Renacimiento?", en: James S. Amelang y Mary Nash (eds.), *Historia y género: las mujeres en la Europa Moderna y Contemporánea*, Valencia, Ed. Alfons El Magnànim, 1990.

Los alemanes, el Holocausto y la culpa colectiva. El Debate Goldhagen; de Federico Finchelstein (ed.), Buenos Aires, Eudeba, 1999.

A principios de 1996 se publicó *Los Verdugos Voluntarios de Hitler*, de Daniel Goldhagen.⁽¹⁾ Se trata de un libro arrogante, que se propone "explicar por qué ocurrió el Holocausto y cómo pudo suceder", ignorando o descalificando los resultados de más de medio siglo de investigaciones llevadas a cabo por un nutrido grupo de historiadores y otros expertos en todo el mundo. El libro se articula sobre una explicación monocausal: la *Shoah* se debió a la presencia de un omnipresente antisemitismo, intrínseco a la totalidad de la cultura alemana. Originado en el medioevo, este componente esencial del sentido común alemán conducía de manera casi inevitable a Auschwitz. Goldhagen postula de tal modo la tesis de la responsabilidad colectiva de los alemanes en el Holocausto, retomando una perspectiva que había sido desechada hace tiempo. En esta óptica, sostiene que "el antisemitismo propulsó

a muchos millares de alemanes corrientes a asesinar judíos y, de haberse encontrado en una posición adecuada habría impulsado a millones más”.

El autor recurre a tres estudios de casos para demostrar su hipótesis: el de los batallones policiales —en particular el batallón 101— que participaron del exterminio de los judíos de Europa Oriental, el de los campos de trabajo y el de las marchas de la muerte. De acuerdo a Goldhagen, estos grupos de perpetradores estaban conformados por “alemanes corrientes”, hombres adultos con una escasa base ideológica nazi y, por lo tanto, representativos de la sociedad alemana en su conjunto. En su óptica, el antisemitismo “exterminacionista” es la causa única del frenesí asesino que tan gráficamente describe en cada uno de estos capítulos.

Sin embargo —y sin explicar los motivos de tan profunda transformación— Goldhagen postula que tras la derrota nazi, Alemania se integró a la normalidad occidental, y sus ciudadanos abandonaron el anterior “modelo cognitivo” que los convertía en potenciales asesinos de masas para tornarse en pacíficos demócratas.

La obra de Goldhagen tuvo una recepción ampliamente favorable entre el público no especializado, convirtiéndose en un auténtico fenómeno de ventas en Estados Unidos, Alemania, Francia y otros países europeos. En contraste, la opinión de los especialistas resultó, de manera ampliamente mayoritaria, severamente crítica. Sin embargo, relevantes intelectuales como Jürgen Habermas elogiaron enfáticamente el libro. El texto compilado por Federico Finchelstein presenta al público argentino las principales posiciones expuestas en el *Debate Goldhagen*. El libro, prologado por Dominick LaCapra, reproduce una serie de artículos aparecidos originalmente en diversas publicaciones especializadas. Se trata de las reflexiones de Itsván Deák, Steven Ascheim, Omer Bartov, Christopher Browning, Robert Wistrich, Hans Mommsen, Jürgen Habermas y Raul Hilberg. En su artículo, el compilador contextualiza el debate en las principales líneas historiográficas sobre el Holocausto y analiza las modalidades de la recepción del texto de Goldhagen en distintos contextos nacionales. El volumen se enriquece, además, con el aporte de Roger Chartier, quien destaca la importancia fundamental de la obra de Norbert Elías para la comprensión de la *Shoah*, y con el bello artículo en el que José Emilio Burucúa se propone “descubrir el pasado de nuestro dolor en los motivos de nuestra culpa”.

Como afirma LaCapra, la mayor parte de los historiadores que estudian el Holocausto han sido puestos en una disyuntiva por el fenómeno Goldhagen: aunque piensan que la obra no merece una seria atención académica, no pueden evitar prestarle atención debido a su fantástico éxito entre el público no especializado y por su recepción favorable por parte de algunos conocidos intelectuales. La compilación de Finchelstein puede leerse como un intento de dar cuenta de estas dos cuestiones: los problemas de la obra de Goldhagen y las causas de su éxito editorial.

Algunas de las principales críticas a *Los Verdugos Voluntarios de Hitler* presentes en el libro compilado por Finchelstein se pueden sintetizar —aún cuando para ello debamos sacrificar aquí la presencia de matices y diferencias entre los autores— en una serie de observaciones. Estas apuntan en primer término a la hipótesis central de Goldhagen por su carácter simplista y monocausal, incapaz por lo tanto de proveer un instrumento analítico adecuado para un fenómeno de la complejidad del Holocausto. Aunque es innegable la existencia de una tradición antisemita en Alemania, esta resulta una condición necesaria pero no suficiente, no pudiendo explicar por sí misma a la *Shoah*. Una tradición antisemita igualmente poderosa estaba presente en Francia y otros países europeos, sin que por ello se haya planificado en estos casos el exterminio de los judíos. En sentido inverso, la atribución

al conjunto de los alemanes de un antisemitismo inmanente ignora la trayectoria de la socialdemocracia y el comunismo alemán —entre otras fuerzas políticas y expresiones religiosas— su oposición al régimen de Hitler y las persecuciones de que fueron víctimas. Por otra parte, aun la descripción del autor de las características del antisemitismo alemán resulta excesivamente simplista, atribuyendo de manera injustificada al conjunto de esta corriente tendencias exterminacionistas.

Los estudios de caso de Goldhagen presentan múltiples falencias. El autor realizó una interpretación sesgada —en algunos casos se afirma que deshonestamente— de las fuentes en función de la corroboración de su hipótesis, ignorando, entre otras cosas, que buena parte de los perpetradores de los asesinatos cara a cara de judíos no se habían socializado en la cultura alemana, ya que en las operaciones de exterminio participaron también policías y soldados provenientes de los países bálticos, ucranianos, alemanes étnicos, luxemburgueses y otros.

Por otra parte, al centrar su estudio en el asesinato cara a cara de millones de judíos, Goldhagen no sólo deja de lado a los perpetradores del asesinato de más del 60% por ciento de las víctimas del Holocausto, sino que oculta la comprensión de la principal característica que lo distingue de los genocidios que lo precedieron y lo sucedieron: "...la matanza industrial de millones de seres humanos en fábricas de muerte, decretada por un estado moderno, organizado por una burocracia concienzuda y apoyada por una sociedad respetuosa de la ley, patriótica, *civilizada*". (O. Bartov, pág. 112)

La ausencia de una perspectiva comparativa que permita contrastar las afirmaciones del autor, lo limitado de su consideración de la dimensión estatal del proceso que llevó al Holocausto, la grosera simplificación del camino que terminó con el exterminio de millones de judíos, el nulo tratamiento del asesinato de víctimas no judías y aun los recursos retóricos empleados por Goldhagen son puestos en cuestión en los diversos artículos reunidos por Finchelstein. En suma, para la opinión de los expertos *Los Verdugos Voluntarios de Hitler* es un libro absolutamente endeble desde el punto de vista teórico y metodológico, cuyo aporte al conocimiento del Holocausto resulta irrelevante.

Sin embargo, Habermas ha considerado que —independientemente de sus méritos académicos— el libro de Goldhagen ha logrado mantener vivo un tema tan vital para los debates públicos y privados alemanes como el de la responsabilidad en el Holocausto, aportando "un nuevo estímulo a la reflexión sobre la forma adecuada de hacer uso público de la historia". (J. Habermas, 207) Si en efecto, el impacto del libro ha contribuido de modo muy importante a tal fin, no puede decirse lo mismo, de acuerdo a la mayor parte de las observaciones antes reseñadas, de su utilidad como herramienta para la confrontación con un pasado terrible.

¿Cuál es la causa, entonces, de la sorprendente popularidad alcanzada por *Los Verdugos Voluntarios de Hitler*?

Raúl Hilberg entiende que el prestigio que le otorgó el *imprimátur* de Harvard y la intensa campaña de publicidad emprendida por el editor responden a esta pregunta de modo parcial ya que el éxito del libro no se comprendería "de no ser porque el público logró sacar algo de las propias páginas del libro". (R. Hilberg, pág. 224) Goldhagen prometió a sus lectores una explicación del Holocausto y proclamó haber encontrado la respuesta, a través de una solución que —alejada de la complejidad con que la cuestión es analizada por la mayor parte del mundo académico— resulta adecuada para el lector no especializado, al que provee de una respuesta inmediata y satisfactoria. Fue —continúa Hilberg— la

simpleza y familiaridad del encadenamiento alemanes - antisemitismo - odio - brutalidad la que convenció a los lectores de la certeza de la explicación de Goldhagen.

El compilador ha recogido en su presentación dos argumentos ineludibles a la hora de entender el éxito de *Los Verdugos Voluntarios de Hitler*. En primer lugar, la obsesión del autor con el horror y el kitsch, que llena las páginas del libro con las fantasías voyeurísticas del autor respecto al sufrimiento de las víctimas y el placer de los perpetradores al causar y observar esos sufrimientos. Evidentemente, los historiadores del Holocausto no niegan de ningún modo el indescriptible padecimiento de las víctimas —además de haber reflexionado intensamente sobre los límites que la *Shoah* plantea a las posibilidades de representación— pero han entendido que su mera descripción no contribuye a dar cuenta de las causas del genocidio. En el caso de la narrativa de Goldhagen, el problema se agudiza, debido a que sus especulaciones sobre lo que los perpetradores pensaban mientras comían los asesinatos no pueden ser halladas en ningún documento "... y ni siquiera en este caso en la experiencia personal del autor, más bien pueden provenir de las propias (mórbidas) fantasías del autor, que en último término se ven influidas por representaciones televisivas, filmicas y literarias". (pág. 56)

Insostenible desde el punto de vista académico, la narrativa de Goldhagen no puede dejar de provocar el efecto de una intensa identificación emocional del lector con las víctimas. Mediante este recurso el texto otorga, además, satisfacción inmediata a la curiosidad voyeurística del público por los límites del horror y el sadismo.

El segundo aspecto se refiere al caso específicamente alemán. Durante su estancia en Alemania, Goldhagen fue tratado como una estrella del espectáculo, participando los medios de comunicación en la elaboración de una imagen que lo muestra como un joven atacado injustamente por los viejos académicos, celosos de su éxito y de sus descubrimientos con los que el gran público se identifica. Gran parte del éxito de Goldhagen entre los alemanes se explica por su complaciente descripción del presente de ese país —tanto en su libro como en las conferencias pronunciadas en Alemania, en particular al recibir en 1997 el importante "Premio Democracia"— al que otorga un certificado de buena salud democrática al explicar las diferencias entre un pasado ominoso y un presente brillante. El libro de Goldhagen sirve a las jóvenes generaciones alemanas no sólo para cuestionar a sus mayores, sino también para limar las aristas más dolorosas de la culpa, al explicarles cómo, desde 1945, los alemanes en su conjunto se han visto purgados del antisemitismo asesino que los caracterizaba con anterioridad.

La relevancia para nuestro país del libro compilado por Finchelstein no reside tanto en el análisis de la recepción de *Los Verdugos Voluntarios de Hitler* en Argentina⁽²⁾ —alejada de las intensas polémicas que encendió en Europa y Estados Unidos— sino en aquello que, inevitablemente, nos recuerda.

Además de mostrarnos un modelo de profundo debate entre intelectuales —fenómeno mucho menos extendido que lo deseable en nuestro país— el libro nos conduce a reflexionar sobre los problemas de la construcción de la memoria sobre el Genocidio perpetrado por la última dictadura en Argentina. Afortunadamente, las diversas acciones de los organismos de Derechos Humanos mantienen viva en la memoria el recuerdo de nuestra peor tragedia, fomentan los debates al respecto y han logrado —afortunadamente— que la condena al régimen militar se haya tornado sentido común en importantes segmentos de la sociedad. Varios libros escritos por periodistas, obras literarias y cinematográficas, los testimonios vertidos en el Juicio a las Juntas Militares y la labor de la CONADEP —con la enorme difusión del *Nunca Más*— han colaborado en el mismo sentido.

Sin embargo, una buena parte de los aspectos del régimen inaugurado en 1976 permanece en penumbras, no sólo debido a las dificultades impuestas por la imposibilidad de acceder a ciertos archivos o a las limitaciones judiciales y políticas existentes, sino debido al escaso interés académico en el tema. No tenemos entonces respuestas medianamente satisfactorias sobre cuestiones tan centrales como las causas del golpe de Estado, los motivos de la adopción del régimen de desaparición de personas, las tradiciones en que el Genocidio hunde sus raíces, la responsabilidad de los diversos grupos e instituciones de la sociedad en los sucesos o el grado de consenso obtenido por la dictadura, entre muchas otras.

¿Cuál es la causa de la escasa atención prestada al estudio del Genocidio por los historiadores, sociólogos, politólogos, y otros académicos? ¿A qué se debe que las innumerables opiniones emitidas, en tanto ciudadanos, por nuestros intelectuales no se correspondan con un desarrollo vigoroso de los estudios sobre los aspectos más oscuros de la dictadura? No conocemos las respuestas a estos interrogantes, pero ya es momento de comenzar a buscarlas.

Daniel Lvovich

NOTAS

(1) Daniel Jonah Goldhagen, *Hitler Willing Executioners Ordinary Germans and the Holocaust*, New York, Knopf, 1996. (Edición española: *Los Verdugos Voluntarios de Hitler. Los Alemanes corrientes y el Holocausto*, Madrid, Taurus, 1997.

(2) Cf. Luis Alberto Romero, "¿Todos eran culpables?", en: *Clarín*, 26 de febrero de 1998; Eduardo Grúner, "Un papelón", en: *Página 12*, 22 de marzo de 1998; Gabriel Uriarte, "Un clásico", en: *Página 12*, 22 de marzo de 1998; Marcos Aguinis, "La fantasía asesina que engendró el prejuicio", en: *La Nación*, 22 de marzo de 1998; Federico Finchelstein, "Daniel Jonah Goldhagen, Los Verdugos Voluntarios de Hitler. Los Alemanes Corrientes y el Holocausto", en: *Entrepassados*, N° 14, 1998.